

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
Mujeres enmascaradas

Autor/es:
Pacual, Arturo

Citar como:
Pacual, A. (1999). Mujeres enmascaradas. La madriguera. (20):72-72.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41796>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Mujeres enmascaradas

Relato soñado

Arthur Schnitzler

Traducción de Miguel Sáenz
El Acanalado, Barcelona, 1999

Relato soñado (*Traumnovelle*, 1926), novela corta de Arthur Schnitzler que inspiró a Stanley Kubrick su *Eyes wide shut*, es un juguete psicoanalítico de precisión. No en vano Schnitzler fue considerado por Freud su *alter ego* clarividente e imaginativo, también experto en escrutar los males más profundos, individuales y colectivos, de su época. En esta narración de resonancias fantásticas el autor austriaco aborda uno de sus temas habituales: las pulsiones eróticas que trastornan a un hombre de orden, anclado en los convencionalismos de la decadente sociedad vienesa del cambio de siglo. Las aventuras que durante una noche insólita le acontecen al médico Fridolin son un repertorio de sus impulsos reprimidos, dejan al descubierto los resortes de su subconsciente y deben ser interpretados como si fueran el fruto de un sueño. De hecho, todo cuanto sucede posee un carácter onírico: la levedad de la acción a veces vertiginosa, los movédizos escenarios, las analogías reveladoras, el sentido premonitorio y una atmósfera anamórfica de espejismo.

Por momentos, Fridolin deja de ser un personaje y se convierte en un *sujeto*, en un caso clínico, en carne de diván. Sin duda se trata de un hombre común, pero eso sólo significa que la enfermedad que le aqueja es común a todos los hombres. Como paciente, Fridolin está a punto de sufrir un trastorno delirante paranoide (celotípico), un trastorno sexual (fetichismo), un trastorno disociativo

(fuga psicógena) y hasta, si me apuran, un trastorno del sueño (insomnio). Hasta aquí el diagnóstico; veamos el relato.

Estimulados por un baile de disfraces, Fridolin y su esposa Albertine se cuentan sendas experiencias eróticas, pasivas, inocentes y anteriores a su matrimonio. Pero en la confesión de su mujer ve él una notoria deslealtad, de modo que se lanza a la calle dispuesto a poner tierra de por medio y cosechar cuanto le ofrezca la noche. Una serie de encuentros a la vez carnales y fantasmales, de idilios tan prometedores como inconclusos, son el resultado de esa huida: la hija de un paciente recién fallecido que le confiesa su amor, la joven ramera enferma que le consuela, la niña disfrazada de Pierrette prostituida por su padre y, por último, la enigmática bacante que en los prolegómenos de una orgía prohibida se ofrece como víctima propiciatoria para salvarle del peligro. Noche cargada de máscaras, de riesgos, de aromas femeninos que Fridolin aspira con delectación entreabriendo una puerta a sus deseos ocultos.

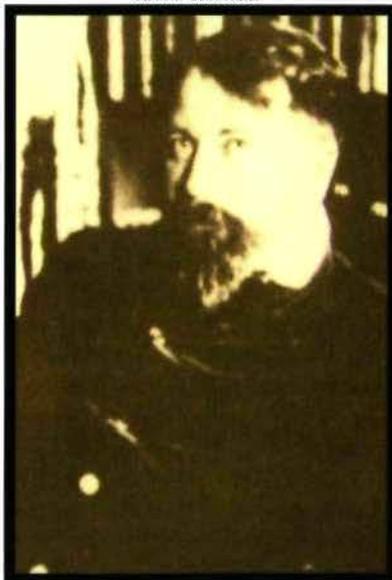
De regreso al hogar, el médico noctámbulo despierta a su esposa. Alberti-

ne acaba de tener un sueño en el que un patético y diligente Fridolin es crucificado mientras ella ríe, desnuda y burlona, en brazos de otro. Frente a este sueño dolorosamente *real*, las experiencias truncadas de Fridolin parecen ser más que nunca un simple *ensueño*. Se trata de una nueva traición de Albertine, menos justificable precisamente por ser soñada, es decir, manifestación de su ser más auténtico: somos culpables de nuestros sueños porque en ellos se expresa nuestra negra verdad.

Fridolin, de nuevo en las calles, busca a las mujeres que ha conocido la noche anterior. Su propósito es vengarse de Albertine atreviéndose a serle infiel, y averiguar si la emoción sentida estaba justificada. Pero tan sólo descubrirá que sigue siendo un caballero timorato, convencional, inseguro de sus aptitudes, refugiado en la rutina de su profesión e incapaz de abandonarse a las tentaciones. Por un momento ha creído que estaba a su alcance transformarse en el seductor a quien no asustan los peligros. Ahora sólo le queda el consuelo de comprobar que su cobardía ha sido prudencia, que su pusilanimidad le ha salvado.

Definitivamente, el embriagador perfume de los escotes carnalescos es sustituido por un desagradable olor a yodoformo hospitalario. Las risas enloquecidas son ahora toses tísicas. Pronto reina el silencio de la cámara mortuoria donde yace el cadáver de su bacante salvadora, el único cuerpo desnudo en el que Schnitzler se recrea. Fridolin comprende que en todas las mujeres ha buscado a Albertine, y presiente que al final de cada paseo con Eros acecha Tánatos con su guadaña. En fin, comienza un nuevo día y, uf, menos mal que todo ha sido un sueño.

Arthur Schnitzler



Arturo Pascual